

ENTROPÍA

SEMANARIO CULTURAL

EL PRINCIPITO

Representación de la ópera
"El Principito" con Robert Crowe
(El Principito). Foto/photo:
Hubert Auer. Firma Fotowork.
Sonnenscheinweg 8a, A-5400
Hallein, Alemania.



Una aproximación

Textos provenientes
de Italia, Venezuela,
Guatemala y México



ORGANIZACION EDITORIAL
MEXICANA

MARIO VAZQUEZ RAÑA
Presidente y Director General

Mauricio Vázquez Ramos
Presidente Operativo

El Sol de San Luis

José Angel Martínez Limón
Director
Manuel García Cruz
Editor

Entropía
Semnario Cultural

Miguel Angel Duque Hernández
Coordinador

Yadira Palacios Gámez
José de Jesús Hermsillo y Medina
Gonzalo Salvador Bores Olvera
Lucio Tenorio Aguirre
Francisco Ortiz Vilchis
Consejo Editorial

Agustín García Mendoza
Juan Torres Ariceaga
Fotógrafos

COLABORADORES

Joaquín Antonio Peñalosa (+), Rafael Montejano y Aguiñaga (+), Alvaro e Iván Alvarez Delgado, Pilar Delgadillo Silva, Rosa María Martínez Rider, María del Socorro Hernández Fernández, Carmen Aych, Ernesto Baltazar Sierra, Ernesto Báez Lozano, Alejandrino Castañeda Vélez, Roberto Gutiérrez Turrubiarres, Zoraya Palacios Gámez, Alba Puigdomenech, Juan Jesús Priego Rivera, Fernando Quijano Pitman (+), Jesús González Sánchez (+), Rogelio Hernández Cruz (+), José Rosas Cansino, Juana Meléndez, Antonio Zacarías Martínez, Mariano Aguilar (+), Rafael Rodríguez Huertas, Carlos Priego, José de Jesús Rivera Espinosa, Ricardo García López, Jeremías Ariceaga Dávila, Miguel Angel Medellín, Sergio Arturo Reyes Ramírez, José Alfredo Villegas Galván, José Alberto Juárez Miranda, Carlos René Urías, Gabriel Lerma, Irma Ruth del Angel, Fernando Zaragoza, Ramón Ortiz Aguirre, Jorge Angel Montañez Torres, Humberto Mata González, Silvia Hernández López, Alejandro Valencia González, Ignacio León, Antonio Avila, Luis Tomás Macías Rodríguez, Rafael Angel García, Luis Manzo, Francisco Javier Segura Mojica, Jorge Roberto Farfán González, Arturo Betancourt Dimas, Vicente Guerrero, Fernando Zaragoza, Jerónimo González Huerta, Carlos Undiano, María Angélica Maldonado Morales.

Los artículos publicados en el Semnario Cultural Entropía son responsabilidad de los autores. Además, se invita a colaborar a nuestros amables lectores: Av. Universidad 565, CP 78000, zona centro. San Luis Potosí, S. L. P., México. Tel. 8-12-44-12. Fax. 8-12-13-68.

La geografía del Universo, en El Principito

MIGUEL ANGEL DUQUE HERNÁNDEZ

Antoine de Saint-Exupéry nos propone recobrar la mirada infantil, la de nuestros niños siempre dispuestos a la aventura y a perdonar, con amor y alegría, sin la mezquindad de los adultos.

El escritor, piloto, periodista y filósofo francés Antoine de Saint-Exupéry (29 de junio de 1900, Lyon - 31 de julio de 1944, Córcega) se propuso escribir un libro para niños, *El Principito* (1943), con el ánimo de evitar contar su historia atosigado por los prejuicios de los adultos (que siempre nos damos demasiada importancia y nos ponemos muy serios, sobre todo cuando hacemos cuentas, actitudes que nos impiden comprender a nuestra familia, amigos y respetar nuestro entorno); y desde entonces, esta obra ha cautivado a miles de lectores de las más lejanas geografías y las más diversas lenguas.

El autor estaba dispuesto a explorar la geografía del Universo, y profundizó en los territorios del espíritu con reflexiones sencillas, con las cuales nos demostró que la inteligencia no está reñida con el corazón, al contrario, pues una voluntad dispuesta a servir mediante la suma de estos recursos del alma abre las posibilidades de nuestra vida que encastillamos con frecuencia, debido a la vanidad que nos seduce, al afán de poder dominar a los demás cuando ni siquiera somos dueños de nosotros mismos, esclavizados por las cosas, atados a la materia y al polvo que nublan nuestro entendimiento.

Por esa razón, Antoine de Saint-Exupéry nos propone recobrar la mirada infantil, la de nuestros niños siempre dispuestos a la aventura y a perdonar, con amor y alegría, sin la mezquindad de los adultos.

Hay ofrecemos a nuestros lectores la reunión de seis reflexiones sobre esta

obra, con seis décadas de camino. El encuentro lo promovió nuestro buen amigo Rafael Jiménez Cataño (San Luis Potosí, 1960), Doctor en Filosofía, por la Universidad de Navarra (1986).

des nos enviaron sus interesantes colaboraciones entropicosas: Magnolia Montaña Monadragón (filóloga), nació y vive en Cuernavaca (Morelos); Rodrigo Díaz Rodríguez (filósofo), reside en el Distrito Federal; Mercedes Malavé (periodista) es venezolana y cursa un posgrado en Roma; Carmen Yadira Cruz Rivas (filóloga) es de nacionalidad guatemalteca, aunque de familia Hondureña y radica en Guatemala y Valerio Perna (filósofo) trabaja en Bari (Italia).

Ilustramos este número monográfico con las fotos de la representación de la ópera "Der Kleine Prinz" realizadas por Hubert Auer (Fotowork, Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein,



El Principito y el aviador. Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

Actualmente profesor de Lógica y Retórica en la Facultad de Comunicación Institucional de la Universidad de la Santa Cruz, en Roma (Italia), donde reside desde los años ochenta.

Además, agradecemos la generosa participación de jóvenes intelectuales que desde diversas perspectivas y latitu-

Alemania); trabajo musical del compositor alemán Nikolaus Schapfl, residente en Austria.

Estimados lectores y colaboradores de EL SOL DE SAN LUIS, reciban con nuestra gratitud infinita, este regalo de Navidad y Año Nuevo, para que disfruten un domingo de buena lectura.

En busca de la flor única

MAGNOLIA MONTAÑO MONDRAGÓN

En cuántas ocasiones hemos escuchado que a este mundo hemos llegado solos y solos nos iremos? ¿Cuánto han disertado grandes filósofos sobre la soledad del hombre en esta tierra? ¿Cuán solos nos hemos llegado a sentir en medio del bullicio? Sentimos extranjeros en nuestro país. Y sin embargo hemos continuado nuestra búsqueda: de amor, de amistad, de afecto, de compañía, de comprensión, movidos siempre por la esperanza de encontrar.

Buscamos constantemente a alguien que nos comprenda y nos haga sentir amados, importantes, únicos; y a veces miramos nuestras vidas y las notamos vacías. Hemos, quizás, tratado a tantas personas, sosteniendo tantas charlas y sin embargo sentimos un gran hueco en el corazón, sentimos la gran necesidad de encontrar a ese alguien que nos comprenda. Es así como los hombres andamos buscando, a veces sin saber qué.

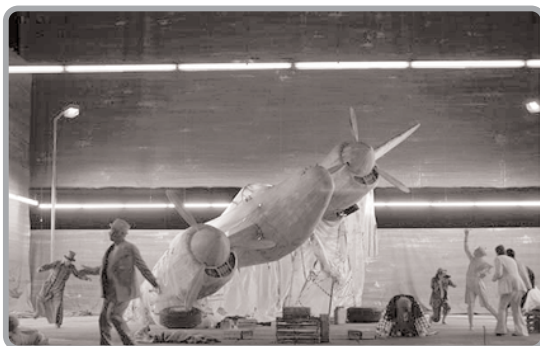
Antoine de Saint-Exupéry con su principito nos demuestra que para esta búsqueda los ojos son ciegos, pues lo esencial sólo es visible con los ojos del alma.

¿Quién ve con los ojos del alma mejor que los niños? Ellos en su inocencia no han llenado sus ojos de cosas serias y urgentes. Sin embargo esto no quiere decir que los adultos estemos condenados a la ceguera. Saint-Exupéry nos alienta en esta búsqueda dedicando El principito a Léon Werth, un adulto a través del cual nos recuer-

da que todas las personas mayores fuimos niños y que todos aquéllos que decidamos abrir nuestro corazón seremos capaces de encontrar.

Desde que somos niños buscamos ser comprendidos, y cuando quienes nos rodean, regularmente adultos, se niegan a verdaderamente escucharnos, comenzamos a alinearnos a un pensamiento ajeno a nosotros, pero que creemos correcto. El principito inicia con la esperanza de un adulto de ser comprendido, pese a que de niño los adultos con su incompreensión le hicieron alejarse de su ilusión por ser pintor.

Quando me encontraba una persona que me parecía un poco lúcida, hacía con ella el experimento de mi dibujo No. 1 que he conservado siempre. Quería saber si verdaderamente era comprensiva, pero siempre me contestaba: "Es un sombrero".



Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

Ese dibujo de una boa con un elefante dentro es la esperanza de un niño, que ya es adulto, por encontrar la comprensión, y muestra que en el transcurso de los años ha continuado en su búsqueda. Siempre conservando la esperanza, como conserva su dibujo, a pesar de escuchar la misma respuesta: "Es un sombrero", respuesta fría y desconsiderada que lo mantiene alejado de su ilusión de ser pintor y que lo

arroja a sumarse a ese mundo de personas mayores que "jamás comprenden nada por sí solas", es decir, que simplemente no comprenden y que por lo tanto lo dejan sintiéndose solo e incomprendido como cuando

¿Quién ve con los ojos del alma mejor que los niños? Ellos en su inocencia no han llenado sus ojos de cosas serias y urgentes. Sin embargo esto no quiere decir que los adultos estemos condenados a la ceguera.

era niño.

Pero como ya dije, en este libro Saint-Exupéry nos alienta. De ahí que a esa soledad le sume un elemento azaroso para derribarla. "Viví, así, solo, sin

perfecto, a un accidente o contratiempo, que logra vivir una circunstancia que le permite romper con esa soledad. (¿Cuántos no hemos experimentado el amor como un accidente o un contratiempo a nues-

tros planes que viene a romper con todo?)

Me encontraba, pues, más aislado que un náutico en una armadia en medio del océano. Imaginaos,



Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

pues, mi sorpresa, al amanecer, cuando una extraña vocecilla me despertó diciéndome: Por favor... ¡Dibújame un cordero!

El principito trae consigo el amanecer, pues cuando muere la oscuridad nace el nuevo día. Y es en medio de la nada, en la más completa soledad, donde aparece alguien, un principito, un ser literalmente

bajado del cielo, un ser que será capaz de entender que no se trata de un sombrero, sino de una boa que ha devorado un elefante. Pero este personaje trae una petición, quiere que le dibujen, y será este cordero un gran puente de comunicación.

Es bien sabido por los lectores de El Principito que hubo varios intentos, todos fallidos, por dibujar un cordero. Quizás su defecto era ser tan explícitos, pues desde el primer capítulo el autor nos señala esta característica de las personas mayores como desagradable: "Las personas mayores jamás comprenden nada por sí solas y es fastidioso, para los niños, tener que darles explicaciones una y otra vez".

El cordero perfecto fue, finalmente, el que el principito

vio en el dibujo de una caja. Ambos sabían que el cordero estaba ahí, tal y como sabían que una boa que tiene dentro un elefante no es un sombrero. Es claro que ambos se comprendían más o menos el uno al otro, pese a lo cual el mismo narrador nos dice: "...mi amigo no me daba explicaciones. Quizá me creía muy parecido a él. Pero desgraciadamente, yo no sé ver los corderos a través de las cajas. CONTINUA EN LA PAG. SIGUIENTE...

En busca de la flor única

VIENE DE LA PAGINA 3

Soy, un poco, como las personas mayores. He debido envejecer". Y sin embargo, sabe que el cordero esta ahí, en esa caja.

Así es como inicia esa amistad, esa comprensión mutua entre una persona mayor, que conservó durante años la esperanza de ser comprendido, y un principito que viaja, aprende, y trata de comprender. Llegó pues, el octavo día de avería en el desierto, y cuando más cansancio y sed sentía el piloto, cuando menos esperanza tenía de reparar su avión y ya no le quedaba ni una gota de agua, entonces el principito lo hizo ponerse en marcha, buscando un pozo en ese inmenso desierto.

¿Por qué buscar un pozo

al azar en pleno desierto? El principito diría: "Lo que más embellece al desierto (...) es que oculta un pozo en algún lado..." ¿Será que así llegan a ser nuestras vidas? Un desierto, soledad e incompreensión, búsqueda al azar en nuestra pequeñez por el infinito universo de un pozo, de

Y señalo lo de la rosa porque, como se sabe, el principito "poseía" una rosa. Pero la rosa del principito no era una más de esas mil rosas, pues así como él sólo necesitaba un poco de agua para toda su sed...

un líquido vital que anime nuestro paso por el mundo, un pozo que aparezca de repente en medio de la nada.

Esas averías en nuestros grandes y pesados aparatos nos arrojan al desierto y entonces buscamos ¿Qué nos mantiene en la búsqueda? La esperanza de que en ese paso errante aparezca un pozo y sacie la sed de nuestro corazón.

El principito en su viaje conoció a un comerciante que vendía píldoras perfeccionadas que quitan la sed y así los adultos ahorran hasta 53 minutos a la semana. Algunos hombres somos así, engañamos nuestra sed con píldoras que inventamos, ahorramos tiempo (que siempre nos falta) para quien sabe qué, porque andamos siempre ocupados sin darnos tiempo de caminar lentamente hacia el pozo.

El principito conoció también a un guardavías y con él notó esa gran diferencia entre las personas mayores y los niños. El guardavías le decía que los hombres andamos de un lado a otro porque no estamos contentos, no sabemos lo que buscamos ni aunque conduzcamos la locomotora que nos mueve, vamos de prisa de un lado a otro sin perseguir absolutamente nada. El principito le haría notar: "Sólo los niños saben lo que buscan (...). Pierden tiempo con una muñeca de trapo, y esta se vuelve tan importante que si se la quitan, lloran..." Y el guardavías les enviaba "¡Qué suerte tienen!"

Los hombres, tal pa-

Le Petit Prince

À Léon Werth

Je demande pardon aux enfants d'avoir dédié ce livre à une grande personne. J'ai une excuse sérieuse: cette grande personne est le meilleur ami que j'ai au monde. J'ai une autre excuse: cette grande personne peut tout comprendre, même les livres pour enfants. J'ai une troisième excuse: cette grande personne habite la France où elle a faim et froid. Elle a bien besoin d'être consolée. Si toutes ces excuses ne suffisent pas, je veux bien dédier ce livre à l'enfant qu'a été autrefois cette grande personne. Toutes les grandes personnes ont d'abord été des enfants. (Mais peu d'entre elles s'en souviennent.) Je corrige donc ma dédicace:

À Léon Werth
quand il était petit garçon.

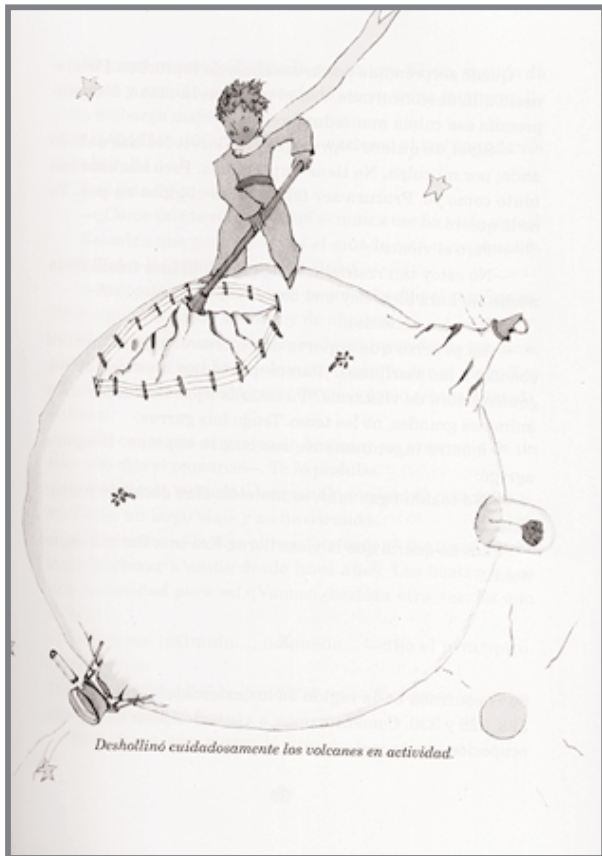
reciera, por más que buscamos no encontramos nada y andamos perdidos, dando vueltas y vueltas en un tren, desesperanzados, buscando en mil rosas lo que podríamos hallar en una, o tomando pastillas que nos ahorran tiempo en vez de caminar hacia el pozo.

Y señalo lo de la rosa porque, como se sabe, el principito "poseía" una rosa. Pero la rosa del principito no era una más de esas mil rosas, pues así como él sólo necesitaba un poco de agua para toda su sed, también necesitaba una sola rosa, para que cuando volteara al cielo, tan grande como el desierto, y mirara las estrellas, que son tantas como los granos de arena, supiera que en una de ellas está su rosa; para que todas las estrellas sean bellas por una flor que no se ve. Y sólo una flor basta para iluminar el cielo: "Si tú

quieres a una flor que se encuentra en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas han florecido". También para el piloto las estrellas ya no serán sólo estrellas puesto que sabe que en una habita un principito.

Es cierto que el principito volvió a su planeta pero la esperanza del piloto, de encontrar a quien lo comprenda, no muere. Al final de la historia nos incluye un dibujo del lugar donde se despidió del principito, con la esperanza, siempre la esperanza, de que regrese, alguien lo vea y se lo comunique.

Porque el piloto, como todos los hombres, conserva la esperanza de encontrar a la flor única que embalsame su planeta y regocije su alma.



Sí, verás -dijo el zorro-. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes de necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, como yo lo seré para ti...

Hace algunos días recordé lo interesante que es el texto que pongo a los ojos del lector. Es un fragmento tremendamente famoso del Principito. Es un párrafo sensacional.

Me gustaría detenerme en el siguiente fragmento que en francés dice así "mais, si tu m'apprivoises, nous aurons besoin l'un de l'autre" ("pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro"), y más en concreto en el sentido de necesidad que se observa aquí (apprivoiser). Si se analiza, a primera vista se descubrirá que el término es utilizado en una acepción débil, por lo menos si la comparamos con el significado fuerte que tiene necesidad en la filosofía. Necesidad en sentido fuerte nos habla

Apprivoiser es necesitar porque se quiere. Querer necesitar es un acto superior, pues se entiende, se quiere y se siente necesitar, es la conjunción de varios actos. Implica el repliegue de un ser sobre sí para salir de sí.

de "lo que no puede ser de otro modo" (Aristóteles, Metafísica, 7, 1072b ss).

Anánke se refiere a lo incondicionado. Es llamativo cómo Aristóteles al definir necesidad tenga que recurrir a la negación: "lo que no puede ser de otro

Anánke vs. Apprivoiser: Necesidad vs. necesitar-necesitar

RODRIGO DÍAZ RODRÍGUEZ

modo". Lo necesario es lo que siempre se cumple.

Cabe decir que esta acepción de necesidad en nuestros días es un término incómodo. ¿Por qué? Porque tal pareciera que la necesidad se mueve hierática e incólume pasando de

la debilidad de ese sentido.

La necesidad en el sentido "fuerte" no está condicionada por sí misma, sino que simplemente está condicionada. De ahí el calificativo de ciega que otorgábamos a la anánke en el párrafo anterior. La fuerza de

comenzar a vislumbrar la superioridad del apprivoiser de Saint-Exupéry.

Apprivoiser es necesitar porque se quiere. Querer necesitar es un acto superior, pues se entiende, se quiere y se siente necesitar, es la conjunción de varios actos. Implica el repliegue de un ser sobre sí para salir de sí.

Este necesitar, además, individualiza. Anánke es una condición universal, no distingue sino que se aplica totalitariamente. Apprivoiser reconoce e individualiza: "no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, como yo lo seré para ti..." El que decide necesitar, reconoce la razón de su necesitar, al grado que la distingue máximamente sobre las otras cosas.

En la última observación también podemos llegar a otra conclusión: quien necesita en este sentido, tiene que

rece que el paso clave para entender esta premisa se encuentra en la pregunta ¿por qué necesitar? En la acepción de anánke no hay espacio para esta pregunta, pues al ser una condición a priori remite a la estructura de la condición de necesidad: lo necesario ocurre porque así es. No hay una razón para necesitar sino que simplemente hay necesidad. La necesidad sucede. Y aquí vemos una vez más la distinción entre estos tipos de necesidad. Apprivoiser implica un salir a necesitar, anánke no. La necesidad en sentido de anánke está cerrada, en cambio apprivoiser implica una salida, un necesitar-necesitar, es decir: desear necesitar. El que quiere necesitar curiosamente necesita-necesitar, si no, no buscaría necesitar. Este necesitar puede decidir no necesitar, sin embargo poder-necesitar refleja la condición de apertura: el deseo de necesitar espera un necesitar.

Necesitar-necesitar. Es llamativo este círculo que se ha desvelado al hablar de necesidad en el sentido expuesto por Saint-Exupéry. Es curioso que algo quiera necesitar de algo. Aún es más extraño, si entendemos el querer como un acto que implica libertad, que la libertad necesite. Aparentemente, como lo señalamos arriba, libertad y necesidad son contradictorios; entonces ¿es lógico pensar que la libertad necesite? La clave para acabar de comprender este necesitar, a mi juicio, está en la estructura donal de los seres libres, sin embargo esta condición es objeto de otro estudio. La observación que hemos hecho del necesitar es sólo un elemento más de la compleja realidad de la donación.



Las rosas. Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

largo, sin detenerse ante nada ni ante nadie, la necesidad no respeta, ni mira, ni condesciende: ocurre, y siempre. Y sobre todo es más incómoda cuando se le enfrenta a la libertad.

Después de estas consideraciones, nos parecería constatar lo que afirmábamos: que el sentido de necesidad expresado en el fragmento del Principito sería un sentido débil de necesidad.

Sin embargo en mi opinión el sentido de necesidad dibujado por Saint-Exupéry expresa un sentido más pleno o más perfecto de lo que es la necesidad, pues agrega un elemento al sentido ordinario que hemos venido describiendo de necesidad: la voluntad de necesitar. Como se explicaba algunas líneas arriba, la necesidad en sentido fuerte es cumplimiento máximo, es lo que siempre es igual e irremediablemente. Sin embargo es en esa ceguera impuesta -en este tipo de necesidad- donde me parece se puede encontrar

esta necesidad es una condición a priori, no se llega a necesitar sino que siempre se ejerce la necesidad, y por tanto no se deja de necesitar, ni se tiene que mantener el necesitar. En cambio el necesitar de Saint-Exupéry es un necesitar desea-



El piloto. Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

do. Se necesita porque se quiere. No hay necesidad estricta de necesitar sino que se quiere necesitar. He ahí donde se puede

ser necesitado. Este paso es más complejo de justificar desde la argumentación que venimos proponiendo. Me pa-

Tenía razón el Principito

Celebramos los 60 años de la publicación de *El Principito*.

Una obra que, sin duda, posee enorme poder comunicativo, digno de estudio por parte de los amantes de la semiología. Para los adultos, aficionados a las cifras y lo cuantitativo, interesa recordar que es el libro francés más vendido en el mundo: 80 millones de copias, en más de 400 ediciones.

La obra se ha traducido a unas 160 lenguas o dialectos, entre ellas el *xhosa*, una de las 11 lenguas oficiales de Sudáfrica. Y como si fuera poco, *El Principito* posee un museo en Japón

Antoine de Saint-Exupéry escribió *El Principito* mientras se encontraba refugiado en Estados Unidos, a causa de la invasión nazi en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Guerra, enfermedad, prisión. En definitiva, sufrimiento. Situaciones límite de las que no sorprende que emerjan artistas de la talla de este autor, capaces de captar y de plasmar la profundidad - el misterio - de lo que significa ser persona.

Y ¿qué es aquello que se llega a captar con profundidad y que constituye, además, un misterio? Usando el lenguaje propio de *El Principito*, cuando la reflexión personal traspasa el ámbito de los sentidos -de lo particular y material, de lo contingente- la mirada del corazón penetra la realidad y llega a lo esencial, a aquello que es invisible a los ojos del cuerpo. Entonces, el objeto de conocimiento,

que a su vez es palabra que comunica, traspasa las condiciones espacio-temporales, propias de lo material, y se universaliza. Si *El Principito* es una historia que sabe apreciar y valorar, de igual manera, un japonés que un canadiense, un africano y un sueco, es porque en él hay algo universal, que interpela al hombre en cuanto tal. De hecho, el "piloto" que relata la historia de su amigo "Principito", aclara que él habla a los niños y no a las personas mayores, porque éstas ya no se interrogan sobre lo esencial, y él no está dispuesto a que su libro sea leído "a la ligera".

La lectura de *El Principito* brinda la oportunidad de reflexionar acerca de la esencia de la persona humana, su capacidad de conocer y de amar: razón y amistad. Hagamos una nueva lectura de *El Principito* teniendo en mente estos pares de términos.

Desde el inicio, el lector se sitúa en un entorno cósmico, espacial. *El Principito* habita en su pequeño asteroide, que los adultos han llamado el asteroide B-612. En efecto, los adultos aman las cifras, pues no se interrogan sobre lo que es esencial.

El Principito conoce muy bien las características y el comportamiento físico de su planeta: sabe cómo se mantiene el equilibrio biofísico de su pequeño asteroide: conoce el desenvolvimiento de sus volcanes, la frecuencia de las puestas de sol, las propiedades del suelo... La razón humana reconoce que existe un orden en el Universo, que se le presenta como un sistema que goza de una racionalidad propia, con la que el hombre es capaz de establecer una relación cognoscitiva.

A este propósito, es especialmente ilustrativo el diálogo con el rey que habita un asteroide vecino. Un rey que no gobierna, pues vive solo. El Principito se

MERCEDES MALAVÉ
convierte en su primer súbdito. El rey exige que sus órdenes sean respetadas, y no tolera ningún tipo de desobediencia:

Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

En el diálogo, el rey muestra al Principito cómo, en todo orden racional, se encuentran unas leyes que son razonables, que el hombre puede conocer y comprender, porque éste tam-

Antoine de Saint-Exupéry escribió *El Principito* mientras se encontraba refugiado en Estados Unidos, a causa de la invasión nazi en Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

bién goza de razón, aún cuando no haya sido él quien las haya creado. Las leyes hablan de una causa originaria, razonable, comprensible y ordenada; no son producto de una razón arbitraria y caótica, indescifrable:

Si ordeno -dijo el rey- a un general que se transforme en ave marina y si el general no obedece, no será culpa del general. Será culpa mía.

No se puede mandar lo que no es razonable, simplemente porque nadie estaría obligado a cumplir aquel mandato:

La autoridad reposa, en primer término, sobre la razón. Si ordenas a tu pueblo que vaya a arrojar al mar, hará una revolución. Tengo derecho de exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

El orden racional del Universo nos coloca frente al significa-

Dibujo del personaje "El Principito" elaborado por el propio autor Antoine de Saint-Exupéry.



Te juzgarás a ti mismo. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien a ti mismo eres un verdadero sabio.

do último de las leyes. Una ley no es más que la expresión de un orden interno. Cuando formulamos leyes estamos exponiendo la racionalidad propia de las cosas. Más que un invento arbitrario del Creador, consiste en un encuentro entre dos razones -razón creadora y creadas- capaces de entablar un diálogo fundado.

Pero el rey no se queda sólo en el ámbito cosmológico, quiere llegar a la persona, a su interlocutor. Reconoce que la dignidad del Principito -en quien está reflejada toda la humanidad- es superior a la del resto del Universo, y le cede la potestad de legislar, de ordenar. Así, lo nombra ministro de justicia. Ante la incertidumbre del Principito, que no sabe a quién va a gobernar, pues nadie habita en el planeta, el rey exclama:

De esta manera, el Principito queda designado como juez de su propia existencia. El hombre es libre porque es un ser racional. Como goza de la facultad de conocer el orden de la realidad, las leyes que la gobiernan, es capaz de disponer tanto del universo material como de sí mismo.

"La autoridad reposa sobre la razón", dijo el rey al Principito. Aristóteles decía que la vida lograda -por tanto la vida feliz- consiste en vivir según la razón. También, vivir según la razón es dotar a la vida de un fin, de un sentido, y auto-dirigirse a él. El Principito reconoce que el rey

CONTINUA EN LA PAG. SIGUIENTE...

Tenía razón el Principito

VIENE DE LA PAGINA 6

es bueno porque da órdenes razonables. Somos buenos en la medida en que buscamos dar un orden razonable a las propias acciones. De lo contrario, nos movemos al vaivén de las circunstancias, del capricho o del propio placer; hacemos muchas cosas, estamos muy ocupados pensando en cómo ganar mucho dinero, o ser exitosos, pasarlo bien, etc., pero sin saber hacia dónde se dirige el barco de la propia vida. El Principito no comprende por qué los adultos corren tanto, se encierran en la rapidez, pero no saben lo que buscan. Se agitan mucho y dan vueltas: ¿Es esto razonable?

Ser sabio no implica necesariamente saber muchas cosas, ni ser hombres de ciencias o de letras. Más bien, consiste en saber dar respuestas a las preguntas esenciales de la existencia. Quizás por eso, el Principito nunca renuncia a una pregunta una vez que la ha formulado. Para él, un adulto es aquel que ha renunciado a las preguntas esenciales de su niñez.

Un negociante dialoga con el Principito en otro pequeño planeta. Lleva 50 años contando estrellas. Cuando el niño le pregunta acerca de la finalidad de su trabajo, el negociante le responde que así sabe cuántas estrellas posee:

-¿Y para qué te sirve poseer las estrellas?
-Me sirve para ser rico
-¿Y para qué te sirve ser rico?
-¡Para comprar otras estrellas, si alguien las encuentra!

Continúa el diálogo y al final:

-¿Y qué haces tú con las estrellas?
-Las administro. Las cuento y las recuento. Es difícil. ¡Pero soy un hombre serio!

El Principito no entiende la lógica capitalista de los adultos, que piensan que poseer consiste en acumular bienes materiales. Para él, poseer significa servir:

-Yo poseo una flor que riego todos los días. Poseo tres volcanes que desahollan todas

las semanas. Pues desahollino también el que está extinguido. No se sabe nunca. Es útil para mis volcanes y es útil para mi flor que yo los posea. Pero tú no eres útil a las estrellas.

Hemos llegado, tal vez, a la esencia del mensaje de esta grandiosa obra: la estrecha relación entre razón y voluntad. Con la razón captamos el orden de las cosas, su profunda racionalidad. Con la voluntad, ilustrada por la razón, amamos la realidad, aprendemos a quererla, a valorarla, porque es razonable y, por lo tanto, buena, como se nos recuerda en el diálogo con el rey. Amar lleva consigo asumir la responsabilidad de contribuir a que ese orden se mantenga, tanto en el Universo -como lo hacía el Principito en su pequeño planeta-, como en la propia vida.

Vivir según la razón es descubrir el orden logrado de las cosas y de nosotros mismos. Y para que este "orden logrado" se mantenga, la razón humana debe prestar un servicio al mundo y a su propia vida. Poseer y poseerse es servir al orden intrínseco de las cosas. Mediante este servicio se crean lazos de amor.

El zorro explica al Principito que amar implica "domesticar". Domesticar significa "crear lazos" de unión, de identificación entre la propia razón y la realidad:

-Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

-Empiezo a comprender. Hay una flor... Creo que me ha domesticado.

Estos lazos de unión, a su vez, aumentan los deseos de conocer aquella realidad, ya sea una cosa específica, a sí mismo, o a los demás. Con razón dice el teólogo Scott Hahn: "Conocimiento y amor se perfeccionan eternamente en un acto indivisible. (...) No podemos amar

lo que no conocemos, pero a veces podemos conocer sin amor. La ley sin amor nos deja en un intelectualismo frío. El amor sin ley, por otra parte, se corrompe y degenera. (...) Tenemos necesidad tanto del conocimiento como del amor para ser plenamente humanos" (S. Hahn: Primero el Amor).

Los adultos no tienen tiempo de "crear lazos"; por eso no conocen a fondo las cosas; por eso, no tienen amigos. El piloto admira al Principito; lo admira, sobre todo, por su fidelidad a una flor... "Crear lazos" consiste en dotar a la realidad, a la propia vida, de un significado para mí. Aprender a encontrar la belleza y la armonía de las cosas y de la vida feliz, porque están colmadas de orden y de leyes que las perfeccionan.

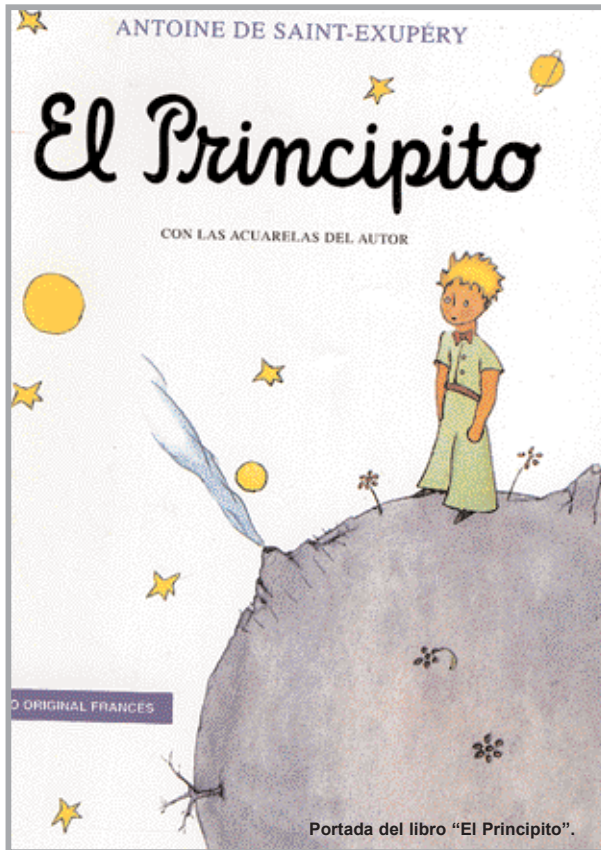
Para "crear lazos" hace falta que la razón cultive una actitud de servicio. Esto es tan simple como mantener el orden. En la naturaleza: respetar las leyes que la rigen, los ecosistemas, cuidar las especies, etc. En la conducta humana, el orden se consigue y se mantiene por medio de las virtudes o hábitos que permiten encarnar valores, como la laboriosidad, la sinceridad, el respeto, la solidaridad, por nombrar sólo algunos.

De esta forma, poseer es cuidar y cuidarnos, porque somos dueños de nosotros mismos. Somos responsables de todo aquello que domesticamos. Dejamos la impronta personal en cada acto que realizamos, en cada trabajo. Quizás, vale la pena terminar estas consideraciones, con el célebre diálogo entre el Zorro y el Principito, donde el Zorro revela su gran secreto:

-Adiós -dijo.

-Adiós -dijo el zorro-. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

-Lo esencial es invisible a los ojos -repitió el Principito, a fin de acordarse.



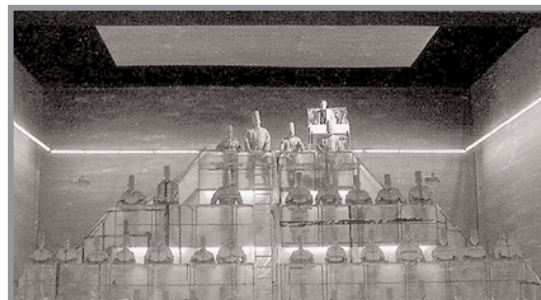
-El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.

-El tiempo que perdí por mi rosa... -dijo el Principito, a fin de acordarse.

-Los hombres han olvidado esta verdad -dijo el zorro-. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

-Soy responsable de mi rosa... -repitió el Principito, a fin de acordarse.

Ser sabio no implica necesariamente saber muchas cosas, ni ser hombres de ciencias o de letras. Más bien, consiste en saber dar respuestas a las preguntas esenciales de la existencia.



El eco. Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

Der Kleine Prinz, el espíritu del Principito en música

El genial cuento de Saint-Exupéry ha asumido todo tipo de formas: cine, teatro, musical, dibujos animados, recreaciones varias de sus episodios, por no hablar de las representaciones plásticas. Una forma muy reciente es la ópera. En estos meses se está representando en Karlsruhe (Alemania) *Der Kleine Prinz*, de Nikolaus Schapfl, alemán residente en Austria sobre quien ya escribí en *Entropía* hace cinco años (1).

En aquel entonces, cuando lo visité en Salzburgo, estaba en plena fase de composición. Había terminado una primera versión de cuatro horas y contaba con una suite para orquesta que había sido interpretada en varios países de Europa y Asia. Dos años antes había obtenido de la editorial Gallimard la autorización a usar el texto en una ópera, para lo cual fue decisivo el entusiasmo que suscitaron en los herederos de Saint-Exupéry los adelantos que Schapfl presentó en un recital con voz y piano.

"La música de Schapfl nos

Fuego, mucho fuego hay en esta ópera. Y no sólo el del sol abrasador del desierto, donde se adivina la presencia de la serpiente, donde se trabaja para hacer volar de nuevo el avión, donde se busca un pozo, con ansia pero también con la esperanza de que lo hay.

hechizó", declaraba tras la audición Frédéric d'Agay, sobrino nieto de Saint-Exupéry. Y sin embargo no todo fue fascinación incondicionada, cosa que podría dejar dudas sobre la capacidad de juzgar la obra. Schapfl comenta que los herederos le hicieron notar que su zorro era demasiado amable, "de modo que procedí a darle armonías volubles y coloridos que reflejaran su esencia insidiosa, el contras-

RAFAEL JIMÉNEZ CATAÑO

que mercadotécnicos. El título de una reseña que acabo de citar toma palabras de Schapfl: "quiero redescubrir la belleza". ¡Aquí sí que falta modestia!, cabría replicar. Si uno parte del presupuesto de que la música es una de las bellas artes, cualquier músico está involucrado, por definición, con la belleza. Que sea afinado, que sean muchos o pocos quienes compartan sus criterios de belleza, eso

México sería la Sociedad de Autores y Compositores) como compositor de "ernste Musik", es decir, de música seria, que es como en alemán se distingue la música académica, clásica, culta, de la "Unterhaltungsmusik", música "de entretenimiento". En México, quienes se dedican a la segunda se pueden sentir un tanto subestimados por este léxico, pero en alemán es una terminología pacífica.

Der Kleine Prinz. De todos modos, el autor hace notar que Nikolaus Harnocourt escribía en alguna ocasión que "toda música que toca el corazón es de hecho romántica": si de este sentido se trata, él desea ciertamente ser autor de música romántica. "Recuerdo el concierto en la Costa Azul para la familia Saint-Exupéry. Advertí lágrimas en no pocos entre los oyentes, lo cual me halagó porque pensé que había obtenido algo como músico" (5).

Sobre esta idea trabaja Marie Czernin en una reseña de título comprometido, "La belleza triunfará" (6). No me parece casual que El Principito haya llegado a la música seria con esta sensibilidad, no con la que se basa en combinatorias, que pueden satisfacer la razón de los iniciados pero difícilmente se pueden gustar. Schapfl, como tantos colegas suyos (Marcela Rodríguez me decía hace unos años: "estamos hartos de atonalidad"), está convencido de que la tonalidad en la música no es pura construcción cultural y, en el fondo, impuesta, sino que pertenece a la naturaleza humana, como el agua al pez. "En mi opinión ya pasaron los tiempos en que la música sería debía ser dodecafónica o al menos experimental. Pienso que los compositores están dejando de tenerle miedo al compás de cuatro por cuatro y al acorde de tres notas" (7). Y a quien piense que esto significa cerrarse al futuro, Czernin recuerda unas palabras de Mahler: "Tradicción no es rendir culto a las cenizas sino más bien transmitir el fuego".

Fuego, mucho fuego hay en esta ópera. Y no sólo el del sol abrasador del desierto, donde se adivina la presencia de la serpiente, donde se trabaja para hacer volar de nuevo el avión, donde se busca un pozo, con ansia pero también con la esperanza de que lo hay.

Tras la obertura, el primer acto contiene once escenas: El piloto vuelve en sí y se encuentra

interior de la serpiente boa a fin de que las personas grandes pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones. Este dibujo número 2 era así:



Las personas grandes me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y que me interesara un poco más en la geografía, la historia, el cálculo matemático. Así fue como, a la edad de seis años, abandoné

te entre el ser y el aparecer" (2). Creo que eso ya estaba cuando lo visité en el año 2000, y era muy eficaz. Eran ajustes que entraban en el trabajo de conseguir una versión de dos horas.

Schapfl no fue el primero en pedir los derechos, y sobre los que lo antecedieron comenta con humor: "Con la mercadotecnia sucede algo parecido a lo que leemos en El Principito: si uno dice que la obra es una música espléndida, la cosa no interesa mucho, pero si dice que a 75 músicos les rechazaron sus obras, entonces es claro que la no rechazada debe de ser magnífica..." (3).

Yo pienso que es magnífica, y modestamente me parece que muchos motivos son más musicales

es otra cosa. Sin embargo, el panorama contemporáneo de las bellas artes pone a veces en duda la validez del adjetivo. Patrick Mimran, crítico de arte y también artista, escribía: "El arte no necesita ser feo para parecer inteligente". A esta convicción nos empujan por desgracia muchas exposiciones de artes plásticas y muchos conciertos de música clásica contemporánea.

Le aseguro a quien me lea que si escucha Der Kleine Prinz no quedará con esa impresión. Cuando Schapfl declara que quiere redescubrir la belleza y explica el sentido de su pensamiento, se expone a que se le excluya del reino de los artistas "inteligentes". De hecho no le fue fácil en su momento registrarse en la GEMA (lo que en

Schapfl tiene cuidado de aclarar que aprecia mucho la música de Stockhausen, de Boulez y de tantos otros, pero que la suya es más melódica y más armónica, más cercana a la de Bernstein, Stravinsky, Arvo Pärt (4). Otros añaden los nombres de Debussy y de Wagner al comentar Der Kleine Prinz. Yo añadiría a Bruckner, aunque quizá eso se deba a que conozco poco a Wagner. También se puede decir que la ópera tiene algo de musical y algo de banda sonora. Varias reseñas usan el adjetivo "romántico", que a Schapfl no le gusta para su estilo. Admite que su ópera contiene pasajes indudablemente "románticos", pero en música esta denominación suele comportar implicaciones ajenas al estilo de

Der Kleine Prinz, el espíritu del Principito en música

VIENE DE LA PAGINA 8

con El Principito, que le pide que le dibuje una oveja. - El Principito habla al piloto del peligro de los baobabs en su planeta. - Puesta de sol. - El piloto trabaja con su aeroplano mientras el Principito le pregunta por flores, espinas, etc.; aria: "Si alguien ama a una flor que vive sola en una estrella..." - El Principito vive el florecimiento de la rosa en su planeta; como la flor tiene una personalidad difícil, el Principito se siente obligado a emprender un viaje. - El rey. - El vanidoso. - El bebedor. - El hombre de negocios. - El faroletero. - El geógrafo; el Principito viaja a la Tierra.

Las escenas del segundo acto son cinco: La serpiente. - El Principito conversa con el eco. - El Principito se encuentra con las rosas y con el zorro, que le confía su secreto: "No se ve bien sino con el corazón". - El pozo en el desierto. - Finale.

Antes hablé de tonalidad y atonalidad, que puede sonar a léxico para iniciados. Quizá podría sernos más útil hablar de lugares comunes que la música del siglo XX a veces evitaba, para explorar nuevos caminos (a veces apelando a la libertad de manera un tanto ideológica). Con eso se desechaban elementos de reconocimiento del significado. Y no me refiero sólo a significados externos reconocibles, como decir "esto representa una tribulación en la vida de un hombre", "aquí se siente una atmósfera oriental". También es reconocimiento de un significado el percibir la estructura de la obra, sentir que hay un desarrollo, que hay una vuelta, que nos acercamos al final.

Der Kleine Prinz tiene un fuerte poder evocativo, basado en eso que llamé "lugares comunes" (en un sentido positivo, que es el sentido original de la expresión). Es claro que algo está empezando o terminando. Y si no, es que hay una intención positiva del autor de jugar con las expectativas del oyente. ¡Ese juego presupone que existen unas expectativas! A quienes buscan la libertad expresiva en la eliminación de lazos, hay un

zorro que les reprocharía: "si tú vienes a cualquier hora, nunca sabré cuándo preparar mi corazón... Los ritos son necesarios".

Para reconocer las expectativas, los ritos, basta una normalísima experiencia musical. El planeta del rey nos ofrece el sonido de la realaleza: trombas, timbales y flautín. El rey es un bajo, naturalmente. Saltamos al planeta del vanidoso y ¡qué inmediato resulta su carácter! No es casual que su canto sin palabras esté presente también en la rosa, con otros matices. Y qué decir del bebedor, que ondula y se desploma, y uno percibe todo sin necesidad de ver la representación. Es magnífico oír al hombre de negocios cantar números y números y números. Me hizo pensar en el ensayo de Octavio Paz "Contar y cantar", pero ahí



Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

el "contar" es el de los cuentos, no el de las cuentas.

La última página, un colofón que las ediciones suelen presentar con formato diverso y es una especie de testamento del piloto, está cantada por entero. Esa parte que tan escuetamente se anuncia como "Finale" es donde se consuma el aspecto trágico de la historia, momento que, al mismo tiempo, concentra toda su luz de esperanza.

Una conocida mía de Europa Central comentaba así su experiencia de haber conseguido la grabación de Der Kleine Prinz: "Escuchaba la ópera a oscuras, en la calma de la noche. La música me fue absorbiendo literalmente en la historia del Principi-

to, y las sensaciones de vivir en esa historia eran tan fuertes como cuando vivía en la historia de

La última página, un colofón que las ediciones suelen presentar con formato diverso y es una especie de testamento del piloto, está cantada por entero.

Peter Pan. Todavía se me saltan las lágrimas de conmoción en este momento. ¡Espero con gozo la próxima cita con el Principito! De niña había vivido muy intensamente un musical de Peter

Pan, que a través de los años se había desarrollado en su fantasía. Luego, interrogada sobre el tiempo que había dedicado a la música durante la noche, ya en la cama, decía: "¡Hasta muy tarde! (Hoy estoy toda dormida, pero muy contenta.) Recuerdo todavía el pozo, que por ahora podría considerar mi parte favorita, aunque debo escuchar más. El principio me gustó tanto (y lo mismo sucedió con el zorro) que encendí la luz para ver el título. Luego me sumergí en el pozo, o en el sueño, no sé".

Estos comentarios me confirman una impresión mía: para quien conoce un poco la historia del Principito, casi no hace falta entender el texto alemán ni seguir paso a paso los títulos de

las partes. La mencionada cita con el Principito era a la noche siguiente, tras otro día de trabajo. Pero hacer planes con una obra de calidad en una familia bien avenida no es tan sencillo. Esas primeras horas de descubrimiento de la ópera habían bastado para que los hijos se interesaran y pidieran oír partes concretas. "Yo quería empezar con la puesta de sol, pero uno de los niños me pidió escuchar el zorro".

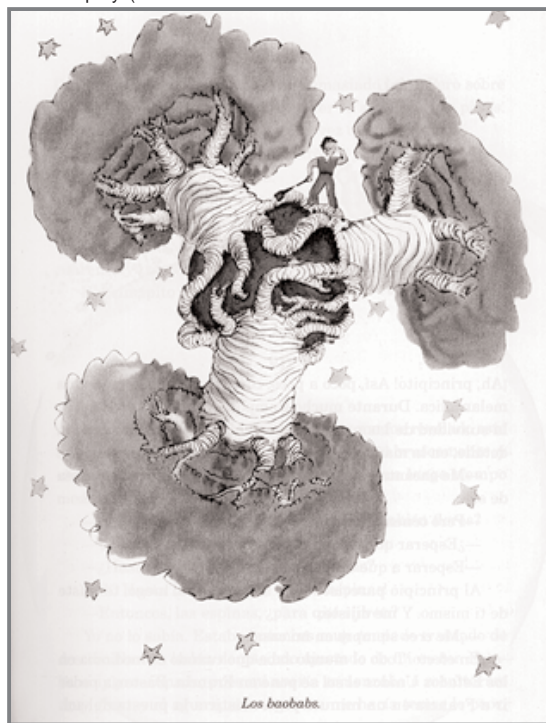
Se entiende que un primo de Saint-Exupéry (André de Fons-

Se encuentra información abundante, incluida la posibilidad de escuchar algunas partes de la ópera, en la página personal del compositor: www.niko-lausschappfl.com/

NOTAS:

1. "Música mexicana en oídos alemanes", Entropía, 28.1.2001.

2 "Ich will das Schöne wieder entdecken", Kölner Stadt-Anzeiger, 21.8.04, versión en red: www.ksta.de.



colombe) haya dicho que "Antoine se hubiera sentido satisfecho". Se entiende que la ópera haya sido representada en Salzburgo, Munich, Colonia..., y que las representaciones del año que acaba de concluir en Karlsruhe (10 entre marzo y diciembre de 2006) y las que aún faltan (11 y 28 de enero de 2007) hayan agotado las entradas meses antes de cada una. Es claro que la sintonía de esta obra con la de Saint-Exupéry es profunda, que nos lleva de la mano a ver con el corazón.

3. Entrevista: "Der Kleine Prinz. Die erste autorisierte Oper nach Antoine de Saint-Exupérys Bestseller erlebt in Karlsruhe ihre szenische Uraufführung", Das Opernglas, marzo de 2006, p.58.

4. Véase entrevista ya citada de Opernglas.

5. Entrevistado por Anthony de Salvia (New York).

6. "Schönheit wird siegen. Uraufführung del Oper 'Der Kleine Prinz' von Nikolaus Schapfl", Die Deutsche Tagespost, 31.7.2003.

7. "Der Kleine Prinz' von Nikolaus Schapfl in Salzburg", Kleine Zeitung, julio 2003.

Amar, habitar y poseer en El Principito

CARMEN YADIRA CRUZ RIVAS

El Principito hace viajes interplanetarios, arrastrado por sus deseos de hacer una nueva amistad y, mientras tanto, sumerge a los lectores en una aventura que no es otra que la de la libertad.

En cada visita del Principito a los planetas, algo profundo sucede en él porque el viajar inspira una inigualable sensación de libertad. "En la aventura y en el viaje, tenemos la alegría de vivir" (Alvira, 2001, p.16).

El Principito representa al yo verdadero de cada persona, la naturaleza buena del hombre, muchas veces anulado por el egoísmo, esa arena seca del desierto que oculta el pozo vivificador y musical. Ese yo que revela el Principito es lo invisible "que sólo ve el corazón", es nuestra debilidad que se convertirá en fuerza, es la pregunta que motiva respuesta, es la parte más valiosa de nuestro ser.

Durante los viajes, el Principito desea encontrar explicaciones al extraño comportamiento de los adultos y esperaba encontrar algo trascendente en sus actividades. En cambio, lo que se encontró, al menos en el caso del poseedor de estrellas, fue un uso absurdo de la facultad de poseer y, por tanto, de esa faceta de la libertad. Cuando llegamos a poseer algo de lo que no queremos desprendernos y, sobre todo, cuando ese algo depende de nuestros cuidados, vamos poniendo sobre ello mayor interés y responsabilidad, entonces hemos superado el tiempo, estamos más allá de él. "Yo -dice el Principito- poseo una flor que riega todos los días. Poseo tres volcanes que deshollino todas las semanas. Pues deshollino también el que está extinguido. No se sabe nunca. Es útil para mis volcanes y es útil para mi flor que yo les posea. Pero tú no eres útil a las estrellas... El

hombre de negocios abrió la boca pero no encontró respuesta y el Principito se fue. Decididamente las personas mayores son enteramente extraordinarias, se dijo simplemente a sí mismo durante el viaje" (pp.67-68).

El Principito no desea, sino que ama lo que posee. Conoce el amor. "El amor trasciende el tiempo y el espacio y, justamente por ello, quien ama no se consume en dar su amor sino que crece interiormente en lugar de gastarse. El deseo, que no busca dar sino recibir, consume, agota y tiene límites. Nuestra capacidad de amar es superior a nuestra capacidad de placer" (Sellés, 2006, p.176).

Verdaderamente podemos decir que él tiene una casa, un lugar que habita. "Habitar significa tener, poseer, con continuidad. Posesión continua. Pero eso quiere decir que habitar significa superar el tiempo, no dejar que él me venza. Si en un edificio determinado encuentro siempre el mismo amor, esa mismidad, ese mantenimiento, supone la victoria sobre la vejez, es decir, sobre el desgaste del tiempo. Y por eso, ese es el único lugar al que puedo volver, porque sólo se vuelve a lo que se mantiene igual, fiel a sí mismo y a los demás. Esa es mi casa, ahí habito" (Alvira, 2001, p.17).

El Principito habita en un planeta en donde posee una flor y tres volcanes. Tiene responsabilidades y comprende que cuidarles les es útil a la flor y a los volcanes. Ya lo hemos dicho: habitar es poseer y lo que se posee se cultiva. Es decir, cultivar su flor y su volcán es ya un trabajo.

Entonces, el Principito habita, trabaja y cuando se trabaja para habitar, se vive, se es feliz. La vida humana aparece cuando se crea un espacio de relación y afecto con algo o alguien a quien se ama, entonces ves y entonces dices, dices algo con sentido.

He allí la diferencia del sentido de poseer del Principito y del hombre de negocios del cuarto

planeta. Este hombre habita como consecuencia de que trabaja contando pequeñas cosas que brillan en el cielo, entonces su trabajo carece de sentido, pierde interioridad. La vida de este hombre depende enteramente del tener material, pero este hombre nunca ha llegado a

bajo, está absolutamente entregado, no tiene tiempo para otra cosa. Y este modo de enfocar el trabajo le lleva a estar aislado de los demás y de la realidad en general.

Ya hemos dicho que el hombre se constituye en función de las relaciones que establece



Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

poseer verdaderamente.

- ¿Y qué haces con esas estrellas?
- ¿Qué hago?
- Sí.
- Nada. Las poseo.
- ¿Posees las estrellas?
- Sí.
- Pero he visto un rey que... ..
- Los reyes no poseen; "reinan". Es muy diferente.
- ¿Y para qué te sirve poseer las estrellas?
- Me sirve para ser rico.
- ¿Y para que te sirve ser rico?
- Para comprar otras estrellas; si alguien las encuentra (p.66).

Para el hombre de negocios lo importante es poseer, no lo poseído. Es un esclavo del tra-

El Principito representa al yo verdadero de cada persona, la naturaleza buena del hombre, muchas veces anulado por el egoísmo, esa arena seca del desierto que oculta el pozo vivificador y musical.

con los demás y con la realidad. Pero él está aislado de los demás: cuando llega el Principito ni siquiera levanta la cabeza de su trabajo. No sabe con precisión qué es eso que posee.

El Principito por el contrario establece adecuadamente la relación entre medios y fines de lo que posee, la utilidad es recíproca: es utilidad para el poseedor y para la cosa poseída, ambos se benefician. Él dice que el hombre de negocios no reporta ninguna utilidad a las estrellas, a las cosas por él poseídas. Por el contrario, si posee una flor, un volcán... es bueno para mí, me son útiles, pero también es bueno para la flor, para el volcán porque les cuida.

La incorrecta comprensión de la riqueza se plasma con el hombre de negocios. La riqueza aquí consiste en la posesión y disfrute de una serie de bienes materiales. El símbolo de la riqueza es la posesión de millones de estrellas. En este caso, las estrellas son análogas al dinero. El dinero carece de valor en sí (excepto el del valor material con que se ha fabrica-

do, que es un valor insignificante), es algo útil para el intercambio. Su valor es la utilidad, es decir, apunta a otras cosas, que son las que de verdad valen.

El amor es lo que al Principito lo hace habitar, tener una flor y tres volcanes, estar radicado. El Principito entrega, sin esperar nada a cambio, pues él ama, entonces genera riqueza. Incluso en la economía, como lo han explicado algunos, lo primero no es el consumo sino la producción; no es la demanda sino la oferta. La economía, en sentido antropológico estricto, surge de la capacidad del ser humano por añadir valor, por dar, por aportar (cfr. Sellés, 2006, pp.171-172).

El hombre de negocios "posee" 501,622,731 estrellas, pero no ofrece nada, es un hombre vacío, o puede ser que ofrezca engañosamente. Esto representó una enorme decepción para el Principito. "El Principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores..." (p.67).

En síntesis, la mayor posesión o la posesión más honda que tiene el Principito es su capacidad de entrega hacia lo que ama. Eso lo hace ser un niño virtuoso que tiene su planeta en el que habita, trabaja a gusto e inventivamente, y es feliz, aunque en ocasiones sea necesario salir de casa para comprenderlo.

Lo espectacular es que a su corta edad sabe vivir a fondo y transmite vida, porque la adquiere con el trabajo y en su casa.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvira, R. (2001) Filosofía de la vida cotidiana. Madrid: Ediciones Rialp.
- Saint-Exupéry, A. (1998) El Principito. San Salvador: Clásicos Roxsil.
- Sellés, J.F. (2006) Raíces antropológicas de la economía. Revista Empresa y Humanismo, Vol. IX, No. 2/06, pp.159-200.

ASTEROIDE B 612:

VIENE DE LA PAG. 12

centellas ni de metafísicas relaciones mentales, sino sólo de un conocimiento irremediablemente terrestre. La única manera de conocer es domesticar, repite el zorro, trabajo fatigoso y paciente. Antes hace falta mirarse desde lejos, casi de prisa, sin decirse nada, después, día tras día, uno se acerca, se observa detenidamente e intercambia unas palabras. No siempre se dan pasos adelante en el camino de la comunión con el otro, pero las citas no realizadas también tienen su valor, en cuanto tiempo dedicado a la otra persona.

—Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que tú has perdido con ella.

El Principito entiende que ha sido domesticado por una flor, no una cualquiera, bonita sólo exteriormente como muchas otras, sino una rosa por la que merece la pena morir.

Cualquiera que las vea podrá creer indubitablemente que mi rosa es igual que cualquiera de ustedes. Pero ella se sabe más importante que todas, porque yo la he regado, porque ha sido a ella a la que abrigué con el fanal, porque yo le maté los gusanos (salvo dos o tres que se hicieron mariposas) y es a ella a la que yo he oído quejarse, alabarse y algunas veces hasta callarse. Porque es mi rosa, en fin.

Se dirige así al jardín de rosas, cuyo descubrimiento antes lo había hecho llorar, no sabía que su rosa era realmente única en el universo. Estas flores se le parecen, pero dentro están vacías, adjetivo inadecuado a la forma y sustancia de la rosa, pero lleno de valor simbólico.

Crear lazos con alguien significa llenarse del otro, llevárselo dentro, guardarlo su valor en su propio corazón. Sin el otro uno es sólo sombras vanas, tientos vacíos. El único camino para huir del aislamiento y de la masificación consiste en sentir en sí mismo un vacío que habrá que llenar, crio apagado entre miles, que no puede encenderse y brillar de una llama única porque resplandece de la imagen del otro. El valor del pequeño extraterrestre no reside en su belleza real o en su belleza angelical, lo que conmueve al adulto aviador.

es su fidelidad a una flor, es la im-

gen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme...

Enriquecerse del otro, llevarlo en sí mismo significa guardarlo, protegerlo, ser responsable de él. El Principito siempre se repite este último consejo, sugerido por el zorro, para no olvidarlo. La responsabilidad implica cuidar del otro todos los días, hacer elecciones y aceptar unas renunciaciones y eso hace al mismo tiempo lleno y pesado nuestro vacío. El pequeño héroe hubiera tenido sólo que respirar la rosa, entender su fragilidad detrás de su astucia, no juzgarla: no lo ha conseguido. Sus palabras han sido tan desgarradoras que ha decidido marcharse.

Saint-Exupéry, aun conciente de las dificultades de las relaciones humanas, aspecto que ha experimentado en su propia carne con dolor, revela la angustia por su ausencia: un aislamiento sin esperanza.

De forma paradójica en otro libro, Tierra de los hombres, cuenta la historia de un esclavo, que cuando alcanza la libertad, deseada por muchos años, no encuentra sino amargura y desconcierto fuera de la casa de su amo. Completamente solo, comprende que la peor esclavitud consiste en haber sido privado de los lazos con el mundo.

Él era libre, pero infinitamente, hasta el punto de no sentir su peso sobre la tierra. Y le faltaba ese peso de las relaciones humanas que entorpece la marcha, las lágrimas, las despedidas, los reproches, las alegrías, todo lo que un hombre anciano o rompe cada vez que esboza un gesto, los milares de ataduras que le ligan a los demás y le hacen sentir que pesa. Pero sobre Bark pesaban ya mil esperanzas (Tierra de los hombres).

La necesidad de ser igual a los demás, respetado y tratado de igual a igual ya no le interesa, prefiere ser indispensable para alguien, saber que alguien no se puede alejar de él con indiferencia.

Sólo creando lazos la vida tiene sentido, ya que éstos libran al hombre y al mismo tiempo lo relacionan con los demás. Se trata de cadenas estrechas, lastres pesados, que obligan a gravitar sobre acontecimientos concretos, sin dar ningún valor a palabras o a emociones flotantes. Para pasar de la indiferencia a la irrenunciabilidad

hacen falta sólo una larga sucesión de encuentros, un lento madurar de gestos, un diálogo rítmico con el otro.

Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres y empezará a ser dichoso. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro me sentiré agitado e inquieto, descubriré así lo que vale la felicidad. Pero si tú vienes a cualquier hora, nunca sabré cuándo preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

Toda relación humana tiene que someterse a un "ceremonial" que marque su proceso y acompañe su pleno desarrollo. Este se manifiesta en la aceptación de un orden disciplinado de citas, horarios y gestos repetidos, quizás también convencionales. Entonces cada rito no hay que interpretarlo como una repetición obligatoria, sino como lo que da valor al tiempo y que hace un día diferente de los demás, una hora diferente de las otras horas. Renovar y actualizar cada vez una ceremonia lleva a no detenerse en la superficie de los gestos, significa más bien penetrar en lo más íntimo, promover una nueva y profunda acción creadora. Ninguna convención artificial, solamente un testimonio tangible del significado espiritual de las acciones y de los intentos del íntimo progreso.

La participación en la fiesta nos transforma en profetas del valor de momentos, cosas, lugares que, de otra manera, pasarían sin dejar huella. Estas celebraciones se convierten en puntos de referencia esenciales, puertos seguros en los cuales el tiempo parece detener su eterno navegar. La cita con los aniversarios, los cumpleaños, cualquier acontecimiento, marca el ritmo de la existencia y, sobre todo, contraponen el tiempo vano, fugitivo y dispersivo al tiempo significativo, estable y lleno. Y además en las ceremonias repetidas los signos peculiares con alto valor simbólico sustituyen a los gestos indefinidos. Revivir monótonamente los encuentros es la única manera para llegar a la esencia del lazo y al valor del otro.

Saint-Exupéry sigue adelante, en sus escritos su voz se hace voz pastoral cuya única batalla es derrotar la masificación de los individuos y la homologación de las cosas. Sólo creando lazos cada individuo se transforma en un hombre, único e irrepetible, con todas las personas, los lugares y los momentos que se lleva dentro. Hay que luchar contra el desmantela-

miento del tiempo y la dispersión del espacio por medio de los ritos y del hogar.

Si las ceremonias dan sentido al devenir del hombre, la casa ofrece valor a su peregrinación y domicilio en la tierra. El hogar sitúa a la persona en el espacio, enmarcándola en una realidad estable y determinada. Se trata de otra obligación benéfica, tras las aparentes imposibilidades y obligaciones aumenta la libertad y disminuye el desorden. Las paredes de la casa abrazan y amparan la existencia humana, garantizan su permanencia, revelan el apego a un lugar, sin el cual se puede estar en cualquier sitio sin estar en ninguno. También se puede, perdidos en el desierto como los dos protagonistas del cuento, volver a saborear intensamente el encanto del hogar y a través de provisiones de ternura, que lentamente el calor de sus habitaciones ha ido depositando en el fondo del alma, sentirse arraigados y parte activa de un conjunto de valores, atados sólidamente a los otros seres humanos, aunque tan físicamente lejanos entre las dunas.

Sin embargo las extensiones de arena no son suficientes al escritor francés para explicar profundamente el valor del hogar, sólo las quejas de una mujer condenada, atada a un palo en el desierto, en Ciudadela, puede revelar la verdad.

Prisionera en aquella noche infinita, invocaba la lámpara de la noche en la casa, la habitación en la que se recogería y la puerta que se cerraría tras de sí. Ofrecida al Universo entero que no revelaba ningún rostro, llamaba al hijo que besa antes de dormirse y que resume el mundo. Expuesta en aquella planicie desierta al pasaje del desconocido, ensalzaba el paso del esposo que por la noche resuena en el umbral, aquel paso que se reconoce en seguida y que tranquiliza. Extendida en la inmensidad no teniendo nada más que agarrar, suplicaba que le devolvieran los únicos diques que permiten existir: aquel paquete de lana para cardar, aquella determinada olla para lavar, sólo aquella, aquel hijo para arrullar y no otro. Lanzaba su grito a la eternidad de la casa, envuelta con toda la aldea en la misma oración de la noche (Ciudadela).

En el mismo espacio silencioso ella pide el mismo ruido de pasos conocidos, de los que habla también el zorro, ante el universo sin límites recuerda la pequeña habitación en la que se encerraría.

En el naufragio de sus pensamientos se agarra a pequeños objetos y gestos concretos que la de-

vuelven a la vida y le ofrecen la seguridad de pertenecer aún a la comunidad humana. Todo se resume en el recuerdo y en la invocación del hogar, que abarca todo eso.

Por otro lado el Principito, gracias a las enseñanzas recibidas en su viaje, no busca nuevas amistades en otras estrellas, sólo desea volver a su planeta para volver a ver su rosa.

—¿Sabes?... mi flor... soy responsable... ¡y ella es tan débil y tan inocente! Sólo tiene cuatro espaldas para defenderse contra todo el mundo.

También el aviador adulto vuelve a casa, cuyo secreto ha descubierto en el desierto gracias al encuentro con un niño. Saint-Exupéry también, desterrado en Estados Unidos, deseaba volver a casa, luchar por su patria, volver a ver a Consuelo para protegerla y conseguir, por fin, entenderse sin dar demasiada importancia a las palabras.

El final de la obra, caracterizado por la vuelta, nos da a entender, aún más a fondo, cómo el diálogo entre el niño extranjero y el zorro no se basa en principios fantásticos: crear lazos no es una respuesta forzada a la palabra domesticar, que hay que aceptar porque está enmarcada en un universo fantástico. Es la única explicación posible. En la esencia más profunda construir un amor no es sino llevar al otro a conocer su propio hogar, su valor, hecho de personas, con objetos y lugares significativos, permitirle formar parte de este mundo.

El viaje errabundo de nuestro héroe por el universo termina con la reunión con su estrella, sus incansables dudas lo llevan a caer delicadamente y a hacer desaparecer su cuerpo en la tierra, situación igual a la de su narrador, caído al mar en su avión sin dejar rastro de sí.

Quizás también para él la única respuesta a la existencia terrena ha sido la vuelta ad Dominus.

* Traducción de "Asteroide B 612: el retorno a casa del Piccolo Principe", en AAVV, *El retorno a casa*, ed. por Rafael Jiménez Caetano, Edusc, Roma 2005, pp.385-394.

A mí me habría gustado más comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir: "Era una vez un principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo..." Para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real. Porque no me gusta que mi libro sea tomado a la ligera.

Nosotros también hubiéramos preferido encontrar el incipit clásico *Érase una vez...* en *El Principito*, para sentirnos a nuestras anchas desde el principio, en un mundo conocido y acogedor, sin embargo nos damos cuenta de cómo Saint-Exupéry temía que le colocáramos en el estante de los libros para niños, o peor, en el trastero, entre los juguetes que ya no sirven cuando uno se hace mayor. El autor ha decidido empezar con un recuerdo de su infancia: los mayores confunden su dibujo de una boa que digiere un elefante con un vulgar sombrero.

Es un acontecimiento real, de la única realidad que existe para los adultos, hecha de geografía e historia, aritmética y gramática, cifras y dinero, en la que no caben los dibujos.

En el temor de que nuestras palabras pasen por uno de los muchos discursos folklóricos o pedagógicos sobre los cuentos, hemos decidido recorrer al artificio de un título altisonante, lleno de números: asteroide B 612, para que los mayores crean que el planeta del Principito existe de verdad.

Esa es la única verdad de la que está seguro Saint-Exupéry que traslada a esta obra, considerada por muchos su testamento espiritual, la profundidad de sus pensamientos, atenúa sus angustias e intenta encontrar un significado a sus malestares.

Escribe el cuento en 1942 en los Estados Unidos, lejos, como el

ASTEROIDE B 612:

La vuelta a casa de El Principito*

VALERIO PERNA

protagonista, de su casa, su querida Francia, derrotada y humillada, separado de su mujer Consuelo, coqueta y delicada como una rosa. Se marcha entre la incomprensión e intenta, de todas maneras, volver y luchar por la liberación de su patria, y, en las cartas a su mujer, nunca abandona la tierna esperanza de volver a juntarse con ella.

Ante estas angustias lamenta no tener fe, para aislarse en un monasterio, en la paz de los cantos gregorianos que tanto lo han fascinado. Al final sólo consigue la autorización a realizar cinco misiones aéreas para fotografiar las tropas enemigas en Francia y de la última no consigue volver, probablemente blanco de los cazas alemanes. Su vehículo se pierde en las aguas de Marsella y será encontrado sólo en el verano de 2004.

Muere sin que se encuentre su cuerpo, precisamente como su pequeño héroe, se marcha sin certidumbres pero con una única gran esperanza, la de volver a aquel "planeta" al que siente pertenecer y por el que ha vivido toda su vida.

Señor, acudo a ti porque he arado en nombre tuyo. A ti la siembra. Te he construido esta vela. Te toca a ti encenderla. Te he construido este templo. Te toca a ti vivir su silencio (Ciudadela).

Llegar a ese silencio es el objetivo alcanzado por Saint-Exupéry tras un recorrido hecho de sufrimientos, equivocaciones, difíciles luchas interiores; el mismo recorrido de vida que afronta el Principito, antes de volver a su planeta.

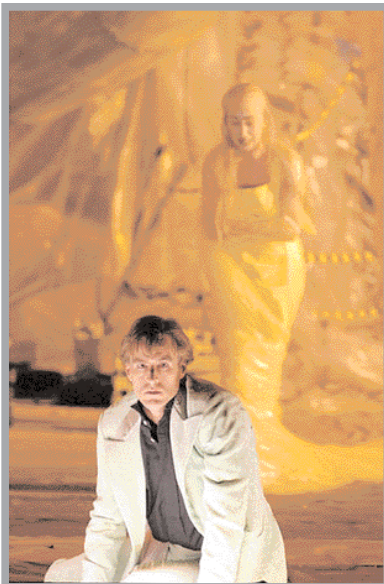
El niño sale de su asteroide por haber dado importancia a las palabras de la rosa, sin entender todavía como éstas puedan ser muy a menudo fuente de malentendidos. Se aleja con dolor y empieza su viaje en busca de un amigo.

Antes de llegar a la tierra hay unas etapas intermedias, se detiene en seis planetas muy pequeños, onde encuentra a los habi-

tantes que lo decepcionan profundamente. Aterrizo en nuestro planeta y sólo después de haber

atravesado arenas, rocas y nieves, descubrió finalmente un camino. Y los caminos llevan siempre a la morada de los hombres.

En este camino topa primero



Representación de la ópera "El Principito" con Robert Crowe (El Principito) y Sabrina Kögel (La serpiente). Foto/photo: Hubert Auer. Firma Fotowork. Sonnenscheinweg 8a, A-5400 Hallein, Alemania.

con una serpiente e inmediatamente después se encuentra en un jardín de rosas. Su flor lo había engañado al declararse el único ejemplar de su especie en todo el universo. Desconsolado llora, se siente solo. Todo su recorrido se convierte en una dolorosa reflexión sobre la soledad. Se trata de la misma condición del piloto narrador al que encuentra después, quien, por una avería en el avión, se ha perdido en el desierto. Todo eso no es sólo un símbolo para el autor; a veces en sus travesías aéreas de pionero ha sido obligado a aterrizajes de emergencia entre dunas de arena en cuyo silencio

ha vivido. Ha descubierto aridez en su corazón, y las luces de los anuncios de una sociedad rebajada a hablar de golf, refrigeradores, política, revistas, han secado la fuente de sus lágrimas. El desierto llega a ser el símbolo de la desolación del hombre moderno, pero al mismo tiempo, vivir realmente este lugar ha llevado un soplo de esperanza al aviador desconectado del mundo.

Lejos del bullicio de la ciudad vuelve a descubrir las riquezas humanas, hechas de arrebatos, nostalgias, dichas y sufrimientos compartidos con los demás.

Sólo la amistad y el amor pueden librar el corazón de la soledad, y he aquí que al Principito en la tierra no son los hombres -demasiado atareados en sus negocios que les quitan tiempo para conocer a los demás- quienes le explican esto, sino un zorro. Ese zorro también está solo y su existencia discurre cazando gallinas y huyendo de los hombres. Su vida es monótona, llena de acciones repetidas todos los días con cansancio, porque todos los seres vivientes con los que se relaciona son iguales.

Su vida es aburrida: una espera, al fin y al cabo, de la llegada de alguien único. Un encuentro de ese tipo lo ha tenido el joven protagonista cuando de una semilla, de origen desconocido, ha brotado un vástago, diferente de todos los demás. Su presencia le ha despertado tanta curiosidad que abandona la cuidadosa y diaria limpieza del planeta para seguir constantemente el crecimiento de la nueva flor. Al asistir a su nacimiento, el pequeño héroe no puede dejar de contener su admiración por tanta belleza. Desde este momento su principal tarea consistirá en satisfacer los deseos de la rosa.

Pero yo era demasiado joven para

saber amarla (El Principito).

A causa de unas sencillas incomprensiones decide marcharse en búsqueda de alguien a quien pueda amar sin sufrir. Hasta el encuentro con el zorro ha encontrado sólo personajes ajetreados en sus inútiles tareas o afligidos, todos sin amor. El zorro es el único que lo saluda sin atribuirle en seguida papales de súbdito, admirador o explorador funcionales respectivamente a su propia condición de rey, de vanidoso o de geógrafo. El príncipe le pregunta al zorro quién es y, por primera vez, se siente libre de decidir lo que quiere hacer realmente: jugar con alguien, puesto que nunca lo ha hecho. Sin embargo, el zorro, al no estar domesticado, no puede satisfacer su deseo. Hacen falta tiempo, paciencia y trabajo para conseguir jugar con alguien.

Las exigencias de la rosa, probablemente, no eran simples antojos...

El protagonista no sabe qué quiere decir domesticar y, antes de recibir una respuesta, tiene que preguntárselo tres veces, repetición típica de los cuentos: a las cosas más importantes siempre se llega después de haber superado fatídicas pruebas.

-Es una cosa ya olvidada -dijo el zorro-, significa "crear vínculos"... (El Principito).

Es el fin del aburrimiento: la llegada de una persona, diferente de todas las demás, el encuentro con un ser humano que para mí se convierte en único en el universo. Entonces resplandece la vida, cuando los rasgos de aquella persona llenan de valor y significado lugares y cosas.

Conoceré el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra; los tuyos me llamarán fuera de la madriguera como una música. Y además, ¡miral! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan y por lo tanto el trigo es para mí algo inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada y eso me pone triste. ¡Pero tú tienes los capellos dorados y será algo maravilloso cuando me domesticques! El trigo, que es dorado también, será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo (El Principito).

La realidad se transforma, cualquier cosa cercana o lejana adquiere rostro y significado. Todo eso no surge de la nada, de vibraciones de las almas parecidas a